

Liberarse del pasado

Javier Pérez Royo, Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Sevilla (EL PERIODICO, 29/06/05)

Dado el alboroto que el PP ha generado desde el mismo 19-J, al análisis del resultado de las elecciones gallegas es imprescindible anteponer las dos siguientes consideraciones.

Primera. El previsible cambio de Gobierno en Galicia se va a producir como consecuencia de que el 52% de los ciudadanos han votado a los partidos de izquierda, frente al 45% que han votado al partido de la derecha. Hay una mayoría clara que legitima el cambio. Aunque el PP haya sido el partido más votado, políticamente ha perdido las elecciones autonómicas, que en ningún momento se han planteado y han sido percibidas por los ciudadanos como unos comicios entre tres partidos, sino como unas elecciones entre la continuidad de la derecha y el cambio del que era portadora la izquierda. En todas las encuestas ha quedado reflejada esta comprensión de las elecciones por prácticamente la totalidad de los ciudadanos.

Segunda. La eficacia de nuestra Administración electoral, que ha evitado que Pontevedra se convirtiera en la Florida de **Bush**. Frente al intento del PP de retrasar el escrutinio, de tal manera que se generaran dudas en la opinión pública y que al final el resultado pudiera ser presentado no como consecuencia de la manifestación de voluntad de los ciudadanos, sino de maniobras en los despachos, la Junta Electoral de Pontevedra ha sabido reaccionar acertadamente, despejando la incógnita en el tiempo apropiado.

La combinación de esa mayoría clara de izquierda y su certificación inequívoca por la autoridad electoral competente zanján cualquier debate sobre la legitimidad del resultado electoral y el consiguiente cambio de gobierno.

Es importante que haya sido así, porque estas elecciones se han celebrado todavía bajo la sombra del 14-M que produjo el cambio en el Gobierno de la nación. La renovación de la mayoría absoluta por el PP hubiera sido la prueba de la falta de legitimidad de la victoria socialista el año pasado. Es la tesis que ha venido sosteniendo la dirección popular de manera reiterada desde entonces, y es la tesis que se ha reiterado de manera expresa en la campaña electoral gallega.

Cabe esperar que, a partir de este momento, el PP abandone este discurso, deje de mirar al pasado y se oriente a construir una alternativa de futuro. Ha transcurrido poco más de un año de esta legislatura y quedan, por tanto, casi tres para las próximas elecciones generales. En consecuencia, el PP dispone de tiempo suficiente para corregir el rumbo que ha tomado en estos últimos 15 meses e intentar hacer una propuesta en la que la sociedad española pueda reconocerse.

ELLO EXIGE resolver de manera inmediata la sucesión de **Manuel Fraga**. Mientras no la resuelva, la imagen del PP que se va a proyectar ante la opinión pública española, no solamente ante la opinión pública gallega, va a ser la del partido en Galicia y la de su octogenario expresidente. ¿Qué imagen de futuro puede transmitir **Fraga** a los ciudadanos gallegos como portavoz de la oposición? ¿Qué imagen de futuro puede transmitir **Mariano Rajoy** a los ciudadanos españoles si no es capaz de dar otra respuesta a la crisis de su partido en Galicia que no sea la de mantener a **Fraga** al frente del mismo? El PP tiene que liberarse del pasado que representa **Fraga** para ser un partido con credibilidad en

Galicia y en España. Cuanto más tiempo tarde en hacerlo, mayor será la imagen de debilidad que va a transmitir la dirección nacional y más difícil le va a resultar recuperar la credibilidad.

A nadie se le oculta que plantearse la sucesión de **Fraga** en este momento va a ser traumático. Pero no es previsible que lo vaya a ser menos dentro de algún tiempo. Más bien lo contrario. Lo probable es que cuanto más tiempo pase, más difícil resulte enfrentarse con el problema, entre otras cosas porque el espectáculo de **Fraga** como líder de la oposición puede ser patético. Y porque los enfrentamientos en el interior del PP gallego, tras la pérdida del poder, únicamente pueden ir a más. Tras la inesperada derrota del 14-M, la dirección popular ha elaborado una estrategia de resistencia. Se trataba de aguantar y de que el partido no se desmoronara.

Había que defender a ultranza la gestión de los ocho años de Gobierno de **José María Aznar**, mantener en el núcleo duro de la dirección a quienes habían sido los protagonistas del 11-M al 14-M, **Ángel Acebes** y **Eduardo Zaplana**, y preservar a **Fraga** como candidato a la presidencia de la Xunta tras el adelanto de las elecciones, que, en principio, estaban previstas para después del verano.

ESTE CIERRE de filas era comprensible. Hasta hoy. Una vez certificado el resultado de las elecciones gallegas, esa estrategia resistencial no conduce a ninguna parte. Con ella, el PP no es que no pueda ganar, es que no puede ni siquiera conservar lo que tiene. La prolongación del cierre de filas que se ha practicado en estos últimos 15 meses únicamente puede acabar en desbandada. Un partido de gobierno no puede quedar atrapado por la imagen de un anciano de casi 83 años que pide *máis*. ¿Más qué? Si no es capaz de dar salida a un problema de esa magnitud y de esa naturaleza, ¿cómo se puede pedir a los ciudadanos de todo el país que le confíen la dirección del Estado?

Ortega solía citar las palabras de **Kant**, en las que hacía referencia a cómo la sociedad española estaba atrapada por su pasado. España, decía **Kant**, es el reino de los muertos. Los muertos la poseen, los muertos la dominan. Sin liberarse del pasado es imposible construir el futuro. A los españoles nos ha costado mucho trabajo aprenderlo. El Partido Popular tiene que aprender a hacerlo.